

COMIENZA LA CUENTA ATRÁS
¿CUÁL SERÁ TU VENGANZA?



TALIÓN

SANTIAGO DÍAZ

Santiago Díaz



Talión

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Santiago Díaz Cortés, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: mayo de 2018

Déposito legal: B. 7.404-2018

ISBN: 978-84-08-18607-6

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Cruzo un puente sobre el río Urumea y salgo de Hernani en dirección a Zarautz pasadas las ocho y media de la tarde. Me duele la cabeza y sufro un incómodo cosquilleo que sube desde el tobillo hasta la cadera y que amenaza con desconectar para siempre las terminaciones nerviosas de mi pierna izquierda, pero creo que aguantaré, ya queda poco. Tomo un desvío para incorporarme a la AP-8 y me encuentro con un control de la Ertzaintza. Dos motos están atravesadas en la calzada y los dos policías empiezan a darme el alto cuando yo todavía estoy a más de cien metros. Saco mi pistola del bolso, le quito el seguro y la escondo debajo de mi pierna derecha. No entra dentro de mis planes matar a dos hombres inocentes que solo hacen su trabajo, pero llegados a este punto tampoco puedo permitir que me detengan. Paro en el arcén y me desabrocho el cinturón de seguridad y un botón más de la camisa; a lo largo de mis treinta y ocho años de vida, la cordialidad de los funcionarios con los que me he topado siempre ha sido directamente proporcional a lo sugerente que me he mostrado con ellos. Bajo la ventanilla mientras el más joven se acerca a mi coche lentamente. El otro espera junto a las dos motos, con los pulgares en el cinturón, las piernas abiertas y una irritante mirada de superioridad.

—Buenas tardes, agente —digo esbozando la mejor de mis sonrisas.

—¿Me permite su documentación, señorita?

—Sé que iba demasiado rápido y lo siento, pero he quedado con un cliente en Zarautz y llego tardísimo.

—Su documentación, por favor.

—Claro.

Le miro a los ojos durante un par de segundos animándolo a marcharse y evitar una carnicería, pero no parece dispuesto a dejarlo estar, es incapaz de advertir una amenaza en mí. Busco mi carné de conducir mientras vigilo al *ertzaina* que permanece junto a las motos. Responde a un aviso a través de la radio, ajeno a lo que está a punto de pasar. Saco la documentación de mi cartera con la mano izquierda y toco la pistola con la derecha. En el momento en el que la coja se encontrará frente al cañón de mi Five-seveN belga, solo espero que no sea tan estúpido como para obligarme a apretar el gatillo. Confío en que su compañero tampoco quiera hacerse el héroe y acceda a tumbarse boca abajo sobre el asfalto en cuanto se lo pida. Cuando va a coger mi carné y yo ya he empuñado la pistola, se oye un silbido.

—¡Ander! Ha habido un atraco en la gasolinera de Usúr-bil. Se han dado a la fuga en un BMW por la N-634. ¡Vamos!

El *ertzaina* duda mientras yo sigo tendiéndole el carné de conducir con cara de inocente y sonrisa impostada. Si lee mi nombre, empezarán los problemas serios. Sería raro que todavía no supiera quién es Marta Aguilera, desde hace horas soy la estrella en radios y televisiones. En España no hay tradición de asesinos en serie, y menos aún de asesinas, así que todos los directores de periódicos y presentadores de informativos estarán frotándose las manos. El compañero de Ander le vuelve a llamar con su moto ya en marcha y él decide aprovechar su golpe de suerte.

—Abróchese el cinturón, señorita.

Tras echarme la correspondiente mirada al escote, se aleja corriendo, arranca su moto y ambos se pierden a toda velocidad por la carretera. Yo respiro aliviada por haberme librado de dos policías con los que no contaba, guardo mi documentación en la cartera, mi pistola en el bolso y sigo conduciendo.

Mi intención inicial era deshacerme del coche tirándolo al mar por uno de los acantilados que hay después de Zarautz,

pero a mitad de camino me doy cuenta de que es una idea estúpida y muy arriesgada. Pronto lo estarán buscando y si lo localizaran sabrían que ya he llegado al País Vasco y lo que me propongo hacer —y eso me complicaría mucho las cosas—, pero creo que me bastará con esconderlo en cualquier recodo del Urumea. Solo necesito ocultarlo durante esta noche, mañana seguramente haya muerto y me importará bien poco si lo encuentran o no.

También me serviría dejarlo en el centro comercial que veo a lo lejos, camuflado entre las decenas de coches que hay frente a un supermercado, pero no quiero que a ningún avezado vigilante de seguridad se le ocurra comprobar la matrícula cuando todos los demás ya se hayan marchado. Finalmente lo aparco entre dos árboles de un camino de tierra pasado Zubieta, probablemente el peor sitio de todos los que he visto, pero ya son las nueve de la noche y tengo una importante cita a las diez. Camino por el arcén hacia unas luces que hay a un par de cientos de metros cuando una señora sale de detrás de un árbol. Me da un susto de muerte y busco instintivamente la pistola.

—Hola, princesa. ¿Haciendo *footing*?

—Joder... —Me tranquilizo al ver que es inofensiva y saco la mano del bolso—. ¿Qué hace aquí, señora?

—Tomar el fresco, mira esta.

La miro de arriba abajo. Es una señora de más de sesenta años que apenas se ha disfrazado de prostituta. Es rolliza, pero aún guapa y con cierto estilo. Podría ser la madre o la abuela de cualquiera si no fuera por el excesivo escote y el pintalabios rojo. Sobre la silla de camping en la que espera a sus clientes hay una revista de crucigramas abierta por la mitad y una linterna encendida. Al lado, un gran bolso de playa del que asoman toallitas húmedas, alguna prenda de ropa y una ristra de preservativos.

—¿No debería buscarse un sitio más transitado, señora?

—Yo ya tengo mis cinco o seis clientes fijos y no quiero más, hija. —Me escruta con la mirada—. ¿Tú también eres del gremio?

—No, solo estoy de paso. Me he quedado tirada a unos kilómetros y sin batería en el móvil. ¿Sabe dónde puedo conseguir un taxi?

—En el Teletaxi.

—¿Y podría llamar por mí? Le doy veinte euros.

Me los pide por adelantado y llama a un taxista que queda en recogerme en diez minutos en un restaurante cercano, según la señora para que no le despiste a los camioneros. Al pasar de nuevo frente a ella —que ha vuelto a sus crucigramas— le pido al taxista que pare.

—¡Señora! ¡Márchese por hoy a casa!

Le lanzo por la ventanilla uno de los dos paquetes con veinticinco mil euros que aún me quedan y el taxista me lleva a la calle Fuenterrabía, en San Sebastián.

Ya en el apartamento cargo el móvil y me preparo para dar mi primera y última entrevista. Me ducho, me maquillo minuciosamente, tardo diez minutos en elegir el sencillo vestido de Zara con el que pasaré a la posteridad y, pasadas las diez y media, llamo por teléfono a Álvaro Herrero, mi sustituto en *El Nuevo Diario*, el periódico del que me despedí hace menos de un mes.

—¿Sí?

—¿Le has dicho a la Policía que te iba a llamar, Alvarito?

—No.

—¿Estás seguro?

—Ya te he contestado, Marta —responde con aspereza.

Cuelgo y le llamo a través de Skype. Álvaro y yo nos conocemos desde la facultad y siempre nos hemos llevado bien. No es mi tipo —es demasiado blandito para mi gusto— y le dejé claro desde el primer momento que no me interesaba, así que nos hicimos buenos amigos. Se suele alegrar de verme, pero hoy no sonrío cuando aparezco en la pantalla de su ordenador. En su cara hay una mezcla de curiosidad, de decepción y de excitación al estar frente al personaje del momento. Mi as-

pecto después de haberme cortado el pelo y teñido de rubio tampoco debe de ayudar a tranquilizarle. Por suerte yo no me puedo quejar de cómo se ha portado la naturaleza conmigo y, a pesar de mi estado, de las duras últimas horas que he vivido y de la baja calidad de la cámara de mi portátil, me veo guapa. Supongo que mi imagen de mujer absolutamente normal será un valor añadido para los que cuenten mi historia.

—Hola, Álvaro. Siento haberte metido en esto.

—No lo sientas, me has hecho famoso.

—Te vi hablando en la tele, lo hiciste muy bien. Me alegro por ti.

Saco un cigarro y lo voy a encender, pero no tengo fuerza en la mano izquierda y tengo que ayudarme con la derecha. La llama tiembla y tardo en acertar.

—Debería verte tu médico, Marta.

—Mi médico ya no puede hacer nada por mí.

Por fin consigo encender el cigarro y le doy una prolongada calada mientras Álvaro espera en silencio, observándome.

—Supongo que ya estarás grabando esto, ¿no?

—¿No es eso lo que quieres? Salir en los telediarios de todo el mundo y que hagan una película sobre ti. Es lo que buscas, ¿no?

—No buscaba fama, eso vino después.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—Reconozco que no es algo muy equilibrado, pero nunca sabes cómo vas a reaccionar cuando te dicen que solo te quedan dos meses de vida...

1

—

JONÁS Y LUCÍA

Por tercer día consecutivo me mareo y tengo náuseas al levantarme de la cama. Hasta ahora creía que simplemente estaba baja de defensas, pero empiezo a pensar que el destino ha querido gastarme una de sus famosas bromas macabras. Espero no haberme quedado embarazada justo cuando había decidido dejar a Jaime después de cinco meses de una relación basada casi exclusivamente en el sexo. Me pongo unos vaqueros, unas zapatillas, las gafas de sol más grandes que encuentro, me hago una coleta y bajo a la farmacia a comprar un test de embarazo.

—Veamos. —Leo en voz alta el diminuto prospecto ya de vuelta en casa—. Sacar la tira de prueba del envase sellado. Introducir la tira en la orina durante diez segundos con la flecha apuntando hacia la orina. Retirar la tira y colocarla en posición plana sobre una superficie limpia y no absorbente.

Sigo las instrucciones y aguardo los cinco minutos de rigor sin apartar la mirada de la dichosa tira que me dirá si mi vida va a cambiar desde este momento. Nunca he tenido instinto maternal, estoy convencida de que alguien como yo jamás podría ser una buena madre por mucho que se esforzase. Durante mi último año en la facultad de Periodismo asistí a las charlas que daba un reputado criminólogo y me di cuenta de que cumplía escrupulosamente con las características del dos por ciento de la población mundial, gente incapaz de sentir empatía por sus semejantes. Puedo sentir cariño, deseo o apego por alguien, pero un niño se merecería mucho más. Cuando al fin se dibuja una única línea de color en la zona de control, me invade una mezcla de alivio y tristeza. Será que en el fondo es-

taba deseando comprobar si de verdad soy una mujer sin sentimientos o simplemente no he encontrado a quien demostrárselos. Cuando salgo de la ducha, suena mi teléfono. Es Serafín Rubio, redactor jefe del periódico en el que trabajo desde hace ya siete años, en la sección de Sucesos.

—¿Dónde te metes, bonita? —pregunta mosqueado—. Tiene cojones que yo lleve en el periódico media hora y tú todavía estés en la cama.

—No estoy en la cama, Serafín —digo paciente.

—Pues tienes voz de dormida. ¿Dónde está lo de la pistola que se encontraron esos niños en Lavapiés?

—Lo tienes en el correo desde hace dos días. La pistola estaba fichada por el atraco a una joyería de Barcelona.

—¿Y lo de la red de tráfico de armas?

—Estoy en ello.

—Espabila, Marta. Lo quiero en la edición de mañana.

Serafín me cuelga sin darme la oportunidad de decirle que esos reportajes llevan su tiempo y que probablemente no lo tenga hasta la semana que viene, y eso si finalmente doy con algo. Termino de arreglarme y consulto en un foro de Internet las posibles causas de mis mareos y mis náuseas, pero como ni estoy embarazada ni hago submarinismo desde que tenía veinte años, decido pedir hora con el médico. Por suerte, le acaban de anular una cita y me puede recibir esta mañana.

—No sé, no sé... —dice el que es mi médico de cabecera desde hace años examinando mi historial en su anticuada pantalla de ordenador después de hacerme una exploración completa—. ¿Dices que del estómago estás bien?

—Perfectamente.

—¿Y seguro que no estás embarazada?

—Seguro. Tomo precauciones, y además esta mañana me he hecho un test de embarazo y ha dado negativo. Lo que sí me pasó el otro día es que perdí la sensibilidad en una mano durante un buen rato. Apenas tenía fuerza para sujetar una taza de café.

Esto parece no hacerle demasiada gracia al médico.

—Tus últimos análisis son de hace menos de un mes y sale

todo perfecto. Yo me quedaría más tranquilo si te haces un TAC, por precaución más que nada. Deja que llame al doctor Oliver a ver si te puede hacer un hueco hoy mismo.

El doctor Oliver —ventajas de la medicina privada— le hace un favor a mi médico y dos horas después estoy metida en la claustrofóbica máquina de rayos X que laminará transversalmente mi cerebro. Según me dice la enfermera con muy mala leche y un punto de celos, el doctor no suele asistir a este tipo de pruebas, pero se ve que no quería perderse la oportunidad de contemplarme con una horrible bata azul abierta por la espalda.

—Usted no se preocupe, señorita Aguilera —me dice el médico con amabilidad—. Seguro que no le pasa nada malo. En unos días, cuando analicemos los resultados, la llamaremos para darle cita.

Salgo del centro médico casi a la hora de comer. Debería acercarme por el periódico, pero hoy no me apetece escuchar los reproches de mi jefe por no haber avanzado nada en mis investigaciones, así que paro un taxi y le pido que me lleve a la colonia Marconi, en el barrio de Villaverde.

Hace unas semanas, unos niños encontraron una pistola cargada en Lavapiés y la investigación para mi artículo me había conducido hasta una red de tráfico de armas a pequeña escala sobre la que aún no tenía ninguna prueba sólida. En Marconi hay pisos, empresas y prostitución callejera, mucha prostitución callejera, dividida en zonas para africanas, rumanas, españolas, y otra para travestis. Me bajo en la puerta de Los Mellizos, un bar de pueblo con el cartel patrocinado por la cerveza Mahou. En la mesa del fondo, como siempre, está sentado Elías Pardo, al que llaman el Dos Napias por una cicatriz que le parte de arriba abajo la nariz y que le da un aspecto imponente. Pido una Coca-Cola Zero y un pincho de tortilla que veo tras una vitrina y espero hasta que se acerca a mí.

—¿Qué haces aquí, periodista? Ya te dije que no quería volver a verte.

—Sabe que no tendría que nombrarle y que llegado el caso protegería mi fuente en los tribunales hasta las últimas consecuencias, ¿verdad?

—¿Qué fuente ni qué pollas? —Se pone agresivo—. Aquí no vas a encontrar nada, así que levanta tu precioso culo de ese taburete y lárgate.

—El problema es que si yo llego a mi periódico y digo que no he conseguido nada mandarán a otro, y quién sabe si también a la tele. ¿Se imagina lo incómodo que sería tener a un cámara apostado en la puerta de este bar las veinticuatro horas?

El Dos Napias, por muy farruco que le apetezca ponerse con alguien como yo, es capaz de comprender que le tengo cogido por los huevos.

—¿Qué quieres? —escupe al fin con desprecio.

—Simplemente que responda a unas preguntas. ¿Nos sentamos?

El traficante de armas cede de mala gana y nos sentamos en la mesa más alejada de la barra. Voy a sacar el teléfono, pero él me detiene.

—Ni se te ocurra grabar nada. Si quieres, lo escribes, pero nada más. Y como pongas mi nombre o algo por lo que puedan reconocerme, te busco y te mato antes de que me maten a mí, ¿te has enterado?

—Está bien, tranquilo —digo sacando una libreta y un bolígrafo de mi bolso—. Ya le he dicho que será una entrevista anónima. Confíe en mí.

—Rapidito. Solo faltaba que me vieran hablando contigo y me buscaras la ruina.

Durante la media hora de entrevista, el Dos Napias me cuenta que a él y a sus compinches no suelen llegarles más que unas pocas pistolas de vez en cuando procedentes de Alemania, de Italia o de los Balcanes. Las nuevas son robadas en fábricas y las usadas en comisarías o almacenes de pruebas policiales, casi todas estas con delitos de sangre a sus espaldas. También se queja de que el negocio está de capa caída y que no compensa el riesgo para los pocos beneficios que deja.

—Lo más rentable, por muchos años que pasen, siguen siendo las drogas y las putas.

Aunque yo esperaba que fuera a decir que sus clientes habituales son delincuentes preparando algún atraco, me entero de que las pistolas casi siempre terminan en casas particulares como defensa personal ante posibles ladrones.

—Como para fiarse de la poli. En lo que les llamas y vienen, ya te han violado, robado y algunas veces hasta matado.

—¿La gente no sabe que utilizar un arma sin licencia y comprada ilegalmente supone penas de cárcel?

—Eso díselo a un hombre que pretende que no violen a su mujer y a sus hijas...

Me cuesta diez minutos más convencerle de que me deje sacarle una foto de espaldas para acompañar a mi reportaje y otros diez en los que él le pasa diferentes filtros y la deja casi completamente oscura.

Llego a casa a las cinco de la tarde y transcribo la entrevista al Dos Napias adornándola con imaginación, pero también con profesionalidad. Cuando se la estoy enviando por correo electrónico a mi jefe, me llama Jaime proponiéndome salir a cenar esta noche. De hoy no pasa, lo tengo claro. Si de verdad hubiera estado embarazada, la cosa se habría complicado, pero ya nada me une a él.

Cuando llego al restaurante Con Amor, en la calle Espronceda, mi todavía novio ya me está esperando sentado a la mesa. Me dice lo preciosa que estoy y yo le devuelvo el cumplido sin necesidad de tener que mentir. Realmente es un hombre muy atractivo, es una lástima que no haya sabido comprender mejor la naturaleza de nuestra relación. Hablamos durante veinte minutos de nuestros respectivos trabajos —él invierte en bolsa las fortunas de otros— y cuando ve que la fluidez de nuestra conversación empieza a hacer aguas, saca una pequeña cajita en la que pone «Fiona Hansen».

—Espero que te guste.

—No tenías que comprarme nada —le digo neutra.

—Ya lo sé, pero hoy he ganado mucha pasta en una inversión y quería darme el capricho. ¿No tienes curiosidad por ver lo que es?

Jaime pone la cajita junto a mi plato y yo me veo obligada a abrirla. Es una pulsera de oro blanco con incrustaciones de diamantes. Muy bonita y seguramente muy cara. Ya podía habérmela regalado hace un mes, me habría quedado preciosa con el vestido de Elie Saab. Cierro la cajita y se la devuelvo.

—Es una maravilla, pero no puedo aceptarla.

—¿Por qué no?

—Porque quiero dejarlo, Jaime.

Él se recuesta en su asiento fingiendo una sorpresa que realmente no siente y me mira en silencio, tratando de mostrarme su desconcierto. Pero la verdad es que sabe desde hace días que este momento llegaría tarde o temprano. De hecho, estoy segura de que la pulsera no es más que un inútil intento por retenerme a su lado.

—Creía que estábamos bien.

—Lo estábamos hasta que has empezado a pedirme cosas que no puedo darte.

—Si lo dices por lo de quedarme a dormir en tu casa, olvídalo. Puedo seguir como hasta ahora.

—El problema es que no estoy enamorada de ti.

—¿Alguna vez has estado enamorada de alguien, Marta?

—Esa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál, joder? —Está herido en su orgullo—. En mi puta vida me había cruzado con una tía más fría que tú.

—Será mejor que lo dejemos estar, Jaime. Lo siento, pero estoy convencida de que no te costará encontrar a otra con la que consolarte.

—Además de dejarme, ¿piensas humillarme? —pregunta dolido, alzando la voz lo suficiente como para que los de las mesas de alrededor nos miren.

—No es mi intención.

—Entonces, llévate la pulsera. Si dentro de unos días sigues queriendo dejarlo, me la devuelves y ya está.

—No cambiará nada.

—Por favor, Marta. Hazlo por mí... —dice rogándome patéticamente.

Debería decirle que devuelva la maldita pulsera o que la guarde para la siguiente afortunada, pero los demás comensales siguen mirándonos y quiero acabar con esto de una vez por todas, así que me levanto y me guardo la cajita en el bolso.

—Te llamaré para devolvértela. Espero que te vaya bien.

Me marcho del restaurante entre cuchicheos de desaprobación, incluso oigo a una mujer decirle a su marido: «Seguro que la muy zorra se la queda». Llego a casa pasadas las once y veo en la tele un programa de niños cantantes sin ningún atisbo de culpa. Lo cierto es que no recuerdo haberme sentido nunca culpable por nada.

* * *

La inspectora Daniela Gutiérrez, de cincuenta y cuatro años, y desde hace ya casi treinta en la Brigada de Homicidios de la Policía Judicial, nota el olor a barbacoa incluso antes de entrar en el portal de la calle Huertas de Madrid. Su ayudante, el agente Martos, de treinta y cinco, habla con una vecina en bata que parece muy afectada.

—¿Cómo pudo no enterarse, por Dios bendito? —pregunta la señora entre sollozos—. ¡Por poco salimos todos ardiendo!

—Tranquilícese y entre en su casa, señora. Ya está todo controlado. No corren ningún peligro.

El cuerpo de María Luisa Ramírez, de sesenta y ocho años, está calcinado sobre la cama de su habitación. Los miembros del equipo forense se disponen a levantar el cadáver, pero debido a su estado temen que se les parta por la mitad. Los de la Científica marcan y fotografían pruebas por toda la estancia y se centran en la mesilla de noche, sobre la que hay una botella de ginebra deformada por el calor, pedazos de un vaso y restos de un paquete de tabaco, de un mechero y de una caja de somníferos.

—¿Y el cenicero? —pregunta la inspectora después de echar un primer vistazo.

—No hemos visto ninguno.

—Si murió fumando en la cama, tendría que haber un cenicero cerca, digo yo.

Los policías buscan por toda la casa y solo encuentran un cenicero recuerdo de Soria en el que no parece haberse apagado nunca una colilla.

—¿Había alguien esperando a los bomberos?

—Su hija y su yerno, ellos fueron quienes llamaron al 112. Están en la cocina.

—Pregúntale a la vecina si recuerda que la víctima fumase.

A lo largo de su carrera, la inspectora ha hablado con cientos de familiares de víctimas y sabe que el verdadero dolor es muy difícil de fingir y de ocultar. Los hay que sienten que su vida se ha acabado a la vez que la del muerto, los que maldicen y protestan por lo que consideran una injusticia, los que se resignan y afrontan la adversidad como buenamente pueden o saben y los que lo celebran a pesar de lloriquear y lamentarse. La mayoría de estos últimos tienen una motivación económica. Antes de acercarse a hablar con ellos, la inspectora observa a la pareja en silencio durante unos minutos; ella llora en brazos de su marido, terriblemente afectada por el macabro hallazgo, y él consuela a su esposa mirando a su alrededor con ojos inquietos. No se detienen en ningún sitio más allá de tres segundos. El agente Martos entra en el piso y va a hablar con su jefa:

—La vecina dice que el marido de la víctima murió hace unos años de cáncer de pulmón y que no le suena que ella fumase.

—Déjame adivinar... ¿Solo hay una heredera?

—Correcto.

—Hija de puta —murmura la inspectora acercándose al matrimonio—. Buenos días, soy la inspectora Gutiérrez, de Homicidios.

—¿Homicidios? —pregunta el yerno disimulando su nerviosismo—. Ha sido un accidente, ¿no?

—Es bastante improbable que una mujer que no fuma

muera calcinada por dormirse con una colilla encendida entre sus dedos, me parece a mí.

La aterrorizada mirada que cruzan la huérfana y su marido al descubrir que su crimen dista mucho de ser perfecto confirma a la inspectora que ambos han fingido un accidente doméstico para acabar con la vida de la madre de ella y heredar el piso y los cerca de ochenta mil euros de una cuenta de ahorros. No tardará más que unas horas en arrancarles una confesión. Al parecer, agobiados por las deudas y por la falta de empleo y de escrúpulos, decidieron que María Luisa ya había vivido suficiente y que le hacían un favor enviándola con su marido.

De vuelta a la comisaría pasa por casa para recoger un par de trajes que tiene que llevar al tinte y ve aparcada una moto en la entrada del garaje.

—¿Sergio?

Se oye un «¡Mierda!» en el interior de la casa, golpes y voces apagadas. La inspectora se asoma al pasillo y Sergio, de veintidós años, sale de su habitación despeinado y poniéndose una camiseta.

—Mamá, ¿qué haces aquí?

—¿Por qué no estás en clase?

—Hoy teníamos prácticas.

—No me hagas preguntarte de qué, Sergio. ¿Es otra vez esa tal Nuria? —Daniela clava la mirada en la puerta cerrada a su espalda.

—Sí, ¿qué pasa? —responde el chico a la defensiva.

—Que vende marihuana. Si quieres, te traigo su ficha para que la veas.

—¿Por qué no os dedicáis a perseguir delincuentes de verdad? A nadie le hace daño un poquito de hierba.

—La quiero fuera de mi casa. Y tú, olvídate de ir mañana a ningún concierto.

—Ya no soy un crío para que me castigues, ¿no crees?

—Mientras vivas en mi casa...

—Corta el rollo, mamá —interrumpe Sergio—. ¿No tienes que ir a detener a nadie? —pregunta desafiante antes de cerrarle la puerta en las narices.

A la inspectora Gutiérrez le gustaría tirar esa puerta abajo de una patada y hacerle ver que se equivoca, que terminará metido en problemas muy serios por culpa de esa chica, pero ¿quién es ella para darle consejos a nadie? Desde la explosión, siempre los ha recibido; Sergio estaba a punto de cumplir un año cuando Javier y David, su padre y su hermano mayor, murieron en un atentado terrorista mientras compraban en el supermercado de un centro comercial.

Después de la tragedia y de enterrar a su marido y a su hijo, Daniela peleó con unos y con otros para que le permitieran trasladarse a algún grupo antiterrorista, pero su estado psicológico y su condición de víctima lo desaconsejaban. Empezó a beber más de la cuenta y a desatender a Sergio, al que enseguida entregó a sus abuelos sin oponer ninguna resistencia. A los ocho meses del atentado, de puertas afuera, la inspectora Gutiérrez ya se había recuperado y podía volver al trabajo, pero en su interior Daniela Gutiérrez solo deseaba venganza.

Tras muchos años de autodestrucción, cuando dejó atrás la etapa de oscuridad que marcaría su destino y el de su hijo Sergio y empezaba a recuperar las riendas de su vida, se interesó por un hombre. Nunca le había faltado sexo, siempre supo dónde buscarlo cuando la necesidad era apremiante, pero él era diferente. Daniela acababa de cumplir cuarenta y nueve años, diecinueve más que el entonces aspirante a subinspector Guillermo Jerez. Era atractivo y musculoso, con los ojos negros y unas manos grandes y fuertes, pero lo que de verdad la excitaba era cómo la desnudaba con la mirada. Coincidían a menudo en la galería de tiro y el chico se limitaba a saludarla con la cabeza, a observarla durante la media hora de prácticas y a despedirla de igual manera. Gracias a una chapa que recordaba la obligación de ponerse cascos y gafas antes de disparar

y que hacía de improvisado retrovisor, Daniela pudo desnudarle y desearle de igual manera. Cierta día, al pasar por su lado después de vaciar dos cargadores, al fin se dirigió a ella:

—Enhorabuena por su detención de esta semana, inspectora Gutiérrez. ¿De verdad persiguió a ese tipo a caballo? —preguntó divertido el aspirante a subinspector.

—No había nada más donde subirse y yo llevaba tacones.

—Y seguro que nadie le ha invitado a una copa por esa proeza...

—¿Te gustan maduritas, hijo?

—Me gusta usted.

Aún hoy Daniela no sabe por qué aceptó aquella copa, pero estaba tan segura de lo que necesitaba hacer que, ya en el coche, con Guillermo Jerez en el asiento del copiloto más asustado que excitado, llamó para reservar una habitación en un hotel de carretera. Fueron seis meses completos de desahogo, después la cosa se fue apaciguando, pero siguen quedando tres veces por semana. Salen un par de días a cenar o a tomar una copa, y el tercero, cuando los compañeros de piso de Guillermo están en casa, suelen ir al hotel de Las Letras, en la Gran Vía madrileña.

—¿No te cansas de esto? —pregunta Daniela acariciándole el pecho después de hacer el amor.

—Así seguimos llevándonos bien después de cinco años. Es lo que dijiste tú hace poco, ¿no?

—¿No estás de acuerdo?

—Sí, claro. Me voy a ir duchando.

El ya inspector Jerez se levanta y entra en el baño. A ella le gustaría que todo fuese distinto, que pudieran comprarse un piso y vivir juntos y felices para siempre, pero aparte de que en el nuevo vecindario todos los tomarían por madre e hijo, Sergio jamás lo aceptaría. Hasta ahora ni siquiera se le había pasado por la cabeza presentárselo, pero empieza a pensar que tal vez haya llegado el momento, ya tiene poco que perder.

Puede que la corta diferencia de edad que hay entre ellos juegue a su favor. O puede que no.

* * *

Por primera vez en lo que llevamos de semana, hoy no me he mareado. Desayuno leyendo en la página web de *El Nuevo Diario* los numerosos comentarios sobre mi entrevista al Dos Napias cuando recibo una inquietante llamada telefónica. Aunque la enfermera celosa que me atendió ayer trata de restarle importancia, me da mala espina que el doctor Oliver quiera volver a verme esta misma mañana. Nada más entrar en su despacho noto que algo no va bien. Me ofrece asiento con gesto serio para darme la peor noticia que puede recibir un ser humano.

—Lo lamento, señorita Aguilera —me dice apesadumbrado—. Hemos llegado tarde y el tumor ocupa buena parte del lóbulo frontal de su cerebro. Si sigue evolucionando como hasta ahora, dos meses es el tiempo que hemos estimado.

—Es una broma, ¿no?

—Siento ser tan directo, pero si viviera más allá de esas siete u ocho semanas, seguramente no sería en buenas condiciones.

Desde niña mi madre me dijo que debía ser fuerte, que nunca permitiera que me vieran llorar porque la gente se aprovecharía de mi debilidad para someterme. Ahora sé que eso es mentira, que se puede llorar delante de muchas personas, aunque lo cierto es que yo no recuerdo haberlo hecho nunca. Más que débil, me haría sentir ridícula. Pero ahora no lo puedo evitar y me derrumbo. Lloro como una magdalena frente a un perfecto desconocido.

—Tenga, desahóguese, sin prisa —dice el médico mientras pone frente a mí una caja de pañuelos de papel.

Al pobre hombre le resulta más incómodo tener a una mujer gimoteando en su despacho que decirle que dentro de sesenta días ya no estará en este mundo. Al final va a resultar que sí siento empatía por alguien: por mí misma. Después de

un par de minutos de lamentos, en los que solo logro balbucear lo injusto que es, intento asimilar lo que el doctor Oliver me acaba de decir.

—¿Por qué no me duele?

El médico se levanta y señala las radiografías de una cabeza fileteada que hay colocadas delante de un negatoscopio.

—Sorprendentemente, aunque el tumor ya está muy extendido, aún no ha afectado a zonas que le produzcan molestias más allá de esos mareos y esas náuseas. De momento, está teniendo suerte.

¿Suerte? Esa no parece una palabra muy ajustada al peor momento de mi vida. El doctor señala con un puntero diferentes zonas de mi cerebro que muy pronto serán absorbidas por el tumor mientras añade datos analíticos que no llego a comprender. No creo que se alegre de que me vaya a morir, pero sí de encontrarse en su consulta con un caso entre un millón. Según él mismo reconoce, un glioblastoma multiforme de grado IV en estado avanzado que permite seguir haciendo vida casi normal no es demasiado común. A pesar de eso, me parece buena persona, no creo que sea de los que meten el miedo en el cuerpo para después decir que puede operar y que como mucho se me quedará un ojo un poco descolgado.

—Y no se puede operar, supongo.

—Como le digo, está demasiado desarrollado.

—¿Y quimioterapia o algo de eso?

—Lo ideal sería tratarla con una combinación de radioterapia y quimioterapia, pero por desgracia en su caso particular solo conseguiríamos empeorar notablemente su calidad de vida. Si me permite un consejo a nivel personal, yo en su lugar intentaría disfrutar hasta que deje de hacerlo.

—Entonces, ¿me manda para casa como si nada?

—No, por supuesto que no. Le pondré un tratamiento a base de antiepilépticos y corticosteroides, y nos veremos periódicamente para ir ajustándolo en función de sus necesidades. Pronto sufrirá algo más que náuseas y mareos.

—¿Cuándo?

—Pronto. Al principio pueden ser vómitos y cefaleas, y más adelante afectará a su visión, sentirá entumecimientos, sufrirá crisis convulsivas y ataques epilépticos... Y psicológicamente podría alterar su conciencia y provocar cambios de personalidad.

—¿Qué entiende usted por cambios de personalidad?

—Variaciones en su conducta. Algunos pacientes en su situación han presentado brotes psicóticos caracterizados por episodios de extrema violencia y sufren alteraciones en su, digamos, comportamiento social.

—¿Me está diciendo que voy a volverme loca?

—No, solo le digo que su cerebro podría jugarle malas pasadas.

Al ver que me hundo poco a poco en la silla, el doctor Oliver parece arrepentirse de haber sido tan crudo y me muestra una incómoda cercanía tocándome la mano.

—Ponga en orden sus asuntos, hable con su familia y aproveche el tiempo que le queda, señorita Aguilera.

—No tengo asuntos pendientes. Y tampoco familia cercana.

—Debería buscar apoyo psicológico. Tengo por aquí la tarjeta de una psicóloga que trabaja con nosotros. Le vendrá bien visitarla.

El médico me entrega la tarjeta de la psicóloga y varias recetas mientras me habla del tratamiento que debo seguir para pasar estas semanas en las mejores condiciones posibles, pero yo ya he dejado de escucharle. ¿Qué narices se puede hacer en dos meses? Eso no es nada, un maldito suspiro. Mi último propósito era perder cuatro kilos y mi nutricionista me había puesto un régimen que duraba tres meses. Hasta para eso me faltará uno. Enseguida pienso en mi muerte y me aterra imaginar que pueda ser una degeneración progresiva que me tenga durante semanas paralizada, ciega y encadenada a unos enormes pañales. Será un suicidio, lo tengo claro desde este primer segundo, pero no sé si tirándome desde una azotea o devorada por leones en África mientras los turistas lo graban con sus teléfonos móviles. Eso, al menos, tendría millones de visitas en YouTube.

Al pasar frente al escaparate de una ferretería veo reflejada a mi madre el día en que, cuando yo acababa de cumplir diecisiete años, se vio obligada a alejarme del pueblo para enviarme a estudiar a Madrid. Saco un *kleenex* de mi bolso Michael Kors y me limpio los restos de rímel que han quedado esparcidos alrededor de mis ojos. Deambulo por el Retiro y me siento en un banco a intentar ordenar mis ideas. Hasta moribunda y con la cara desencajada —o quizá sea precisamente por eso—, hay hombres que pretenden llevarme a la cama nada más cruzarse conmigo. Uno de ellos me mira con curiosidad a través de los radios de la rueda de su bicicleta. No sé si realmente está desinflada o solo es una estrategia como otra cualquiera para abordar a alguna de las decenas de madres que pueblan el parque a estas horas.

—Perdona, ¿te encuentras bien?

Le miro con ganas de decirle que no, que no me encuentro bien, que mi incapacidad para sentir algo por los demás me va a llevar a pasar mis dos últimos meses de vida completamente sola y que él, sea quien sea, no va a poder hacer nada para mitigar el profundo desamparo que siento.

—Por muy grave que te parezca ahora, tiene solución —insiste sentándose a mi lado—. Déjame adivinar... ¿Tu marido te ha puesto los cuernos?

—Mira —procuro ser educada pero firme—, ahora mismo no estoy para nada, así que o te cambias tú de banco o lo hago yo.

—Frígida —masculla mientras se aleja en busca de otra presa.

Por un momento me inunda una ira que no conocía en mí y estoy a punto de tirarme a por él. Quiero insultarle, golpearle, clavarle un tacón en ese paquete que marca en el maillot como seña de identidad..., pero consigo controlarme. Tal vez esto sea lo que el doctor Oliver denomina «brote psicótico».

Ocupo las dos siguientes horas pensando en mi vida, en mi trabajo, en mis amigos... y en mi padre, Juan Aguilera. Nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo tenía cinco años y desde entonces prácticamente no he sabido nada de él. Una vez,

cuando cumplí los quince, oí que vivía en Málaga y estuve a punto de escaparme de casa para ir a buscarle, pero comprendí que, si él no tenía interés por su hija, lo mejor que podía hacer yo era devolverle la misma indiferencia. A lo largo de los últimos veinte años solo he estado un par de veces tentada de buscarle en Google, pero nunca pasé de escribir su nombre de pila. Según decían en el pueblo, se fugó con la mujer del panadero y este se suicidó poco tiempo después. Mi madre nunca superó aquella humillación y murió hace cuatro años sin haber vuelto a encontrar a nadie. Probablemente ni mi padre ni la panadera vivan ya en Málaga, probablemente ni vivan. A lo mejor él murió hace tiempo de un tumor cerebral y esta es la única herencia que me ha dejado.

Al cabo de un buen rato solo he decidido que nadie conocerá mi secreto del tamaño de una nuez espachurrada, no al menos hasta que sea inevitable. No diré nada ni en el periódico ni a ninguno de mis amigos. Por suerte, no tendré que ocultárselo a Jaime porque anoche rompí con él. Recuerdo que una vez me contó que una exnovia con la que se iba a casar se mató haciendo paracaidismo. A la vista está que ese chico no tiene suerte con las mujeres. O simplemente es que es gafe.

Descubro que hasta en un momento como este el dinero es una de las cosas más importantes en la vida y ocupo media hora más haciendo números. Salvo por algunos caprichos en bolsos, zapatos y ropa, nunca he sido excesivamente derrochadora, así que entre cuentas, acciones y bonos estoy segura de poder sacar unos cuarenta mil euros. Ya eso debo añadirle mi piso de tres habitaciones totalmente pagado gracias a la venta de la casa del pueblo que me dejó mi madre. Creo que en total reuniría casi medio millón de euros, que, quitándole los gastos y divididos entre los sesenta días que se supone que me quedan de vida, hacen más de seis mil euros diarios. Se puede decir que soy rica.

Cuando por fin me levanto del banco noto las piernas entumecidas. Consulto mi iPhone y veo cuatro llamadas perdidas del periódico, un par de ellas de compañías telefónicas, otra del gimnasio invitándome a participar en una carrera so-

lidaria y varios mensajes de mis amigas proponiéndome cenar esta noche en el Ten con Ten. Contesto con un simple «Ok» y le devuelvo las llamadas a Serafín Rubio.

—¿Otra vez de escaqueo, bonita? Llevo llamándote toda la puta mañana.

—Tenía médico.

—Al médico se va a las ocho de la mañana y se está de vuelta a las ocho y cuarto, joder. La Policía ha estado aquí, quieren saber algo más sobre el traficante de armas al que entrevistaste ayer.

—Diles que nosotros protegemos nuestras fuentes, Serafín. Además, si digo algo, vendrán a por mí. Ahora tengo que dejarte, perdona.

Cuelgo a pesar de que le escucho amenazarme con un despedido fulminante y me paso por la farmacia para hacerme con mi cargamento de medicinas de moribunda. Al llegar a casa me miro en el espejo intentando descubrir algún cambio y solo encuentro la cara de susto, todo lo demás sigue igual; mi pelo sigue igual de moreno y de liso, mis ojos siguen igual de vivos y oscuros, mi nariz sigue siendo pequeña y respingona y mi dentadura sigue siendo perfecta. Guapa por fuera pero podrida por dentro. Me siento en la cama y me da por pensar en que mi situación, si nos olvidásemos de que terminará conmigo dentro de una urna convertida en ceniza, es privilegiada. Me da una extraña libertad de la que muy pocas personas pueden disfrutar a lo largo de su vida; haga lo que haga durante las próximas ocho semanas, no tendrá absolutamente ninguna consecuencia para mí.

* * *

Alberto Abad sabe que si su mujer le llama al trabajo tiene que ser importante. Ya le dijo que hoy estaría todo el día metido en la reunión de ventas semestral y ella no es de las que molestan por capricho. La fábrica de envases en la que trabaja desde hace dos años no pasa por su mejor momento y Alberto prefiere pasar desapercibido para no ser de los primeros en

caer cuando lleguen los nuevos ajustes. Piensa en mandarle un mensaje diciéndole que está liado, pero no cree que sea el mejor momento para ponerse a escribir con el móvil. Cuando nota que el teléfono vibra en su bolsillo por tercera vez, se disculpa y sale a contestar.

—¿Qué pasa?

—¡Es Lucía, Alberto! —grita aterrorizada la mujer—. ¡La niña no aparece!

—¿Cómo que no aparece?

—Estaba jugando en la calle y ya no la veo —se desespera—. Y al kiosco tampoco ha ido. No la ha visto nadie.

—¿Has llamado a la Policía?

—Todavía no.

—¡Joder!

Alberto Abad conduce saltándose semáforos mientras llama a la Policía y a sus hermanos para avisar de la desaparición. Cuando llega a casa ya hay esperándole dos guardias municipales. Su mujer, en pleno ataque de nervios, es consolada por una vecina. Uno de los policías le sale al paso.

—¿Es usted el padre de Lucía Abad?

—¿Dónde está mi hija?

—Aún no sabemos nada. Ya hemos dado la alarma.

—Lo siento, Alberto. Te juro que la perdí de vista un minuto —su mujer llora desconsolada—, cuando me di la vuelta ya no estaba.

—¿Has preguntado en casa de tu hermana?

—Allí tampoco la han visto.

A Alberto Abad se le cae el mundo encima. Empiezan a llegar familiares, amigos, vecinos y más policías. A continuación, periodistas, abogados que se erigirán como portavoces de la familia y políticos locales intentando arañar votos.

* * *

Me he quedado dormida sobre la cama y me despierta el sonido de mi teléfono. Por un momento me olvido de dónde

estoy y de lo que me pasa, pero enseguida reaparece la presión en mi cabeza. Antes de contestar, miro por la ventana y me doy cuenta de que empieza a anochecer. Es Álvaro, mi compañero de clase.

—¿No vienes a lo de la niña?

—¿Qué niña?

—Ha desaparecido una niña de siete años en Alcorcón.

Vamos todos.

—Yo hoy libro.

—¿Sigues encontrándote mal?

—No, los mareos son porque tengo bajo el hierro. Me han dado unas pastillas que acabarán con mis problemas de aquí a un par de meses, poco más o menos.

—Come más lentejas, Martita.

—Eso tendré que hacer, sí. Hablamos mañana y me cuentas, ¿vale?

—Cuídate.

Cuando cuelgo, intento centrarme y decidir qué voy a hacer en los cincuenta y nueve días de vida que me quedarán a partir de mañana. Cometo el error de buscar en Internet a qué se dedica la gente cuando sabe que va a morir y me doy cuenta de que a mí no me vale ninguno de sus consejos: ni tengo familia en la que apoyarme, ni creo en Dios para ponerme en sus manos, ni quiero comprometer a mis amigos para que sufran a mi lado en mis últimos días. Por muy duro que suene, debo hacerme a la idea de que los pasaré sola. Debe de ser que todavía estoy en *shock*, pero no me sale montar un drama. Así es la vida y lo único que puedo hacer es resignarme y, como me dijo el doctor Oliver, disfrutar todo lo que pueda hasta el final.

Después compruebo en el ordenador que los números que he hecho en el parque son correctos; entre acciones, bonos y una cuenta de ahorro tengo treinta mil euros, y en dos cuentas corrientes otros ocho mil. Busco en varias páginas el valor de mi piso y me llevo la agradable sorpresa de que algunos vecinos están pidiendo seiscientos mil euros. Somos de los pocos compradores que nos hemos beneficiado con el ladrillo gracias a la

construcción de un campo de golf que rodea prácticamente toda la urbanización. Llamo por teléfono a mi amigo Germán, recientemente divorciado y padre de cuatro hijos. Germán es consultor inmobiliario y lo que sea para poder pagar las pensiones todos los meses. Buena gente pero, obligado por las circunstancias, bastante chanchullero. Quedamos a tomar una cerveza en la cafetería de la Casa Club del campo de golf.

—¿Por qué quieres hacer esa gilipollez? —me pregunta extrañado—. Si te esperas un par de meses, te saco seiscientos. El del portal de al lado lo ha vendido por eso el mes pasado.

—Me vale con cuatrocientos mil euros si encuentras un comprador que ponga el dinero esta misma semana. Tiene que ser antes del viernes. Lo que saques de más para ti, ¿cómo lo ves?

—¿Has matado a alguien y piensas fugarte o qué?

—No. —Sonrío—. No necesito tanta casa.

—Y por eso la vendes a toda hostia, ¿no? —dice con incredulidad.

—Me quiero olvidar de todo, tío. Estoy hasta las narices de mi vida y me voy a ir de viaje un año entero.

—Con dos ovarios. Hazlo, tú que puedes.

De camino al restaurante en el que he quedado con mis amigas paso por delante de una tienda de novias y se me hace, apostaría que literalmente, un nudo en el estómago. Como si la realidad quisiera darme un puñetazo, me viene a la cabeza alguna de las cosas que mi inoportuno tumor me impedirá hacer: no podré casarme de blanco en la iglesia de mi pueblo, como le prometí a mi madre en su lecho de muerte. Sinceramente, no era uno de mis objetivos vitales, pero me enfurece saber que voy a faltar a mi palabra por causas ajenas a mi voluntad. También pienso que ojalá aquel test de embarazo hubiera dado positivo, no solo porque supondría que no me estoy muriendo, sino porque de repente he oído la llamada de la maternidad. Pero no, no seré madre y en mí acabará la historia de mi familia. Sonrío más calmada al darme cuenta de que tampoco

podré correr una maratón. Hace unos años se me metió en la cabeza que quería hacerlo y me apunté al gimnasio para ponerme en forma. A las dos semanas ya me había olvidado de correr para centrarme en las clases de boxeo. Ya sé que no es algo muy femenino, pero me sirve para relajarme, además de que me ha dado una buena base para defenderme de un posible ataque. Hace no mucho, un borracho intentó propasarse conmigo y tumbarle me hizo sentir más poderosa que nunca.

Llego al Ten con Ten, en la calle Ayala, veinte minutos antes que mis amigas. Mientras espero tomándome una copa de vino blanco y tratando de olvidarme de bodas y de hijos, me fijo en un guapo camarero mulato. La camisa de su uniforme amenaza con rasgarse por la espalda debido a la tirantez y aguardo con curiosidad a que se dé la vuelta; esas arrugas solo las pueden provocar unos poderosos pectorales o una decepcionante barriga cervecera. Por suerte, se trata de lo primero. Al ver que le observo, me sonrío como solo un caribeño sabe sonreír y yo le correspondo. Decido que redactaré una lista con las cosas que sí podré hacer en las próximas ocho semanas y en primer lugar pondré «Acostarme con un camarero mulato». En último lugar pondré «Suicidio». No pienso quedarme como un vegetal mientras me fríen a pruebas, antes de eso me quitaré de en medio con dignidad. Tendré que buscar en Internet algún veneno efectivo para estar preparada cuando llegue el momento, no creo ser capaz de suicidarme de ninguna otra manera. También, ¿por qué no?, pienso acostarme con una mujer. Nunca lo he deseado con fervor, pero siempre he tenido la curiosidad, sobre todo cuando bebo más de la cuenta. Estoy convencida de que a varias de mis amigas —alguna de ellas bastante más curtida en estas lides— no les importaría hacerme el favor, pero seguro que nos partiríamos de la risa al menor roce. Aunque la prostitución siempre me ha causado un profundo rechazo, creo que pensaré como un tío y recurriré a ella para tachar eso de mi lista.